



LA GRANDEZA DEL SIERVO DE DIOS. P. ARRUPE

(Guión de la conferencia del 25.03.2022)

Ante todo, un saludo cordial a todos los admiradores del P. Arrupe que van a escuchar esta exposición mía. Que él esté entre vosotros y os hable desde dentro, a todos

Para comenzar, hay que decir que en la actualidad el P. Arrupe goza de un aprecio común sin la sombra de interpretaciones negativas. A los 28 años de la muerte en 1991 se abrió en Roma el 5 de febrero de 2019 la causa de su canonización, Con esta iniciativa se han disipado las sombras que en vida amenazaron con oscurecer su figura y emerge ya como un candidato a la gloria de los altares, en la Iglesia

Para comenzar, voy a centrar mi exposición en un hecho significativo que revela el misterioso destino del P. Arrupe desde la voz que oyó en un claustro de Oña: «Tú serás el primero».

Quién es el P. Arrupe

E P. Arrupe nace en Bilbao, el 14 noviembre de 1907. Pertenece a un medio familiar muy católico, culto y económicamente, pudiente. Su padre es arquitecto y cofundador del periódico católico La Gaceta Del Norte.

El bachillerato lo cursa en el mejor centro educativo de Bilbao: el Colegio de los PP, Escolapios. Allí es donde hace la experiencia inicial de lo que es el triunfo escolar.

Escoge luego la carrera de medicina que sigue primero en Valladolid y luego en Madrid.

Al final de la carera recibe el premio extraordinario de fin de la carrera. Severo Ochoa, futuro premio Nobel de medicina, solía decir: «Arrupe me robó el premio extraordinario», queriendo decir: «Era lo que a mí me hubiera complacido grandemente, y se llevó Arrupe». Este es el hecho que procuró a Arrupe la experiencia de lo que es ser el primero. Pero el P. Arrupe no se regodea en su triunfo de ser el primero según el mundo. Entra jesuita, y abraza el seguimiento de Cristo pobre y humilde y mira los triunfos humanos como una pura vanidad. Prefiere seguir las huellas de Jesús en el seguimiento de un Cristo pobre y humilde.

«Tú serás el primero»

Arrupe entra en el noviciado jesuita de Loyola. Emite su primera profesión y sale para Oña a empezar su juniorado. En este tiempo sucede lo que explica toda su futura vida jesuítica. Un día, escucha en uno de los claustros de Oña una clara voz de lo alto que le dice: «Tú serás el primero».

¿Qué significaba la voz misteriosa de Oña? Para saberlo, hay que distinguir entre la promesa de ser el primero, y sus efectos inmediatos en la vida del P. Arrupe. No renunciará a la experiencia de ser el primero. Lo será a lo divino, No toma la halagüeña



promesa a modo de un triunfo humano como lo da el mundo en primacías de la ciencia, del poder, o de la riqueza. La voz no ofrece a Arrupe religioso ningún triunfo humano, pero sí le procura un nuevo sentido a su vida que le llena de gozo el corazón, Sabe ya, desde el premio extraordinario, qué significa ser el primero en toda una carrera de medicina. El mensaje es incitador a poner el alma en ansias de realizaciones superiores. Es como una iluminación real sobre cómo debe actuar para ser el mejor en una opción vocacional. Es una llamada de superación espiritual de sí mismo equivalente a algo parecido a: «Actúa como para ser, al final, el primero».

Japón a la vista

Cuando Arrupe piensa en el sentido de la locución mística, lo primero que hace es preguntarse sobre cómo se es el primero en la vida concreta de jesuita en cada momento. Pero pronto se le ocurre un sentido muy concreto, exigente y elevado: ofrecer su vida como misionero en Japón.

Al Japón fue enviado el, primer misionero jesuita San Francisco Javier. Ir al Japón suponía una completa inversión de valores. El joven jesuita escoge una vida heroica. Pero no recibe ninguna respuesta de Roma y continúa sus estudios

Preparación para misionero

La instauración de la II República Española provoca la expulsión de los jesuitas españoles, y Arrupe sale para Bélgica. Allí aprenderá el francés y empezará a abrirse a un mundo diferente del español. Al cabo de un año sale para Holanda, Allí confluye también un buen contingente de jóvenes alemanes expulsados de su patria por Bismarck, Esta compañía ofrece al P. Arrupe la oportunidad de aprender bien el alemán.

Ante el silencio de Roma sobre el destino al Japón, los Superiores piensan dedicarle al estudio de la Teología Moral, preparado como está con los conocimientos de la medicina. Para ello le destinan a EE.UU. donde se familiariza con el inglés Allí recibe la ordenación. Al final de los Ejercicios de su ordenación decide comprometer todo su futuro mediante el voto de hacer siempre lo más perfecto, El ofrecimiento para el Japón llegaba a su cima con este voto de 1936 Se trata de un voto del que no habla ni la Teología de la Vida religiosa ni el Derecho de Religiosos, sino la Teología Espiritual. Un voto que perfecciona el ejercicio de las virtudes con una entrega más completa al Señor, en una voluntad de realizar solo lo que Dios muestra como voluntad suya. Un voto que liga la libertad humana a un compromiso de suprema generosidad conforme al querer de Dios. Es una opción a vivir según las palabras de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Con esto empezaba Arrupe su camino de ser el primero en Japón.



¡Japón a la vista!

Una vez llegado a ser el primero como obligado a lo más perfecto, le toca empezar otra vez de cero, con el destino del Japón. En 1938 llega la respuesta de Roma. Es destinado al Japón,

El Japón conoció la primera evangelización cristiana con S. Francisco Javier. Después de un esplendor admirable de conversiones, la historia de la Compañía en Japón cesa con el período de la gran persecución. Solo en el siglo XX vuelve la Compañía al Japón. Los primeros jesuitas de esta nueva historia misional vinieron de Alemania en 1908. Cuando Arrupe llegó al Japón aún no tenían una estructura jurídica independiente. El año 1938 dependían las casas de la Misión completamente de Alemania. Así le tocó Arrupe comenzar otra época difícil. Y la emprende con la misma actitud de trabajar por ser el primero en la misión del Japón. Comienza por superar la dificultad de la lengua. Luego es destinado al servicio parroquial hasta que se le nombró Maestro de Novicios, para formar en la vida jesuita a los aspirantes japoneses. En este tiempo tiene lugar la explosión de la bomba atómica el 6 de agosto de 1945, Vio desde el Noviciado el gran hongo atómico. Abrió los espacios del Noviciado a los heridos por la radiación atómica. Afortunadamente tenía abundante ácido bórico y realizó una labor de curación eficaz.

Tras el horror de la explosión atómica, Arrupe tenía la impresión de que el desastre de la guerra japonesa serviría para despertar en la nación un anhelo espiritual que colmara el vacío de la desmitologización del emperador considerado como dios. Pidió en 1946 al P. General le permitiera una gira por Europa. Llevado por esa convicción propuso al P. General una gira por las casas de la Compañía en Europa para poder convencer a los compañeros de otros tiempos, y reclutarlos para la Misión del Japón. Con estos jesuitas llenos de generosidad aumentó los efectivos de la Misión. Con ellos se podría lanzar la Compañía como en los tiempos de Javier, a la gran conversión de la posguerra. Su presentimiento fue erróneo. Pero el éxito inmediato fue grande. Hubo un aluvión de voluntarios que cambió la estructura de la Misión del Japón, Muy aliviado con los nuevos refuerzos personales las comunidades del Japón se renovaron profundamente hasta el punto de que en 1954 Arrupe fue nombrado primer Vice-Provincial del Japón, y en 1958, Provincial. Pero aquel florecimiento súbito le, procuró una gran actividad que repercutió en el, gobierno de la Orden, y molestó a los antiguos de la Misión. Hubo quejas al P. General, el cual ordenó una especie de auditoría a la obra de Arrupe. Era una premonición de lo que había de suceder al final de su Generalato

El «primero» entre los jesuitas.

El 15.05.1964 muere el P. General Janssens. El 24.05.1965 es elegido el P. Arrupe como 29 General de la Compañía. Seguramente en el momento en que aceptó el generalato, debió de pensar instintivamente que la misteriosa voz oída en Oña siendo junior se refería a aquel día. En efecto había sido proclamado como la cabeza suprema de la orden, y se había convertido en el primero de la Orden. Pero no era verdad. completa como sentido



de la misteriosa locución. Lo sería de veras, en su dimisión como General en el Capítulo de 1983.

El generalato del P. Arrupe empezó con una decisión que nunca se había dado antes de él. Dividió el Capítulo en dos etapas con un año de intervalo. Esto le permitió dirigir el Capítulo General en una forma no definitiva, dejando la responsabilidad de las decisiones firmes para cuando terminara el Concilio, y se estrenara el Posconcilio. Así pudo situarse en la coyuntura real de la Iglesia y de la propia Compañía.

A lo largo de su generalato reunió una vez la Congregación General extraordinaria (1974-1975) que configuró definitivamente las opciones de la Compañía desde la fe y la justicia fe.

Desde el principio de su actuación generalicia descuellan dos imágenes particularmente nítidas de su personalidad como gran figura eclesiástica del siglo XX. Primeramente, como un transmisor cualificado del mensaje renovador del Vaticano II a los religiosos y a toda la Iglesia y como el preparador de los tiempos del papa actual en su actuación continuadora del Vaticano II. Como promotor de la renovación conciliar su labor fue importante Si el Concilio fue obra de Juan y Pablo (S. Juan XXIII y S. Pablo VI) en la totalidad que incluye el Concilio y el primer Posconcilio, el binomio de Juan y Pablo se puede completar en el trinomio Juan-Pablo-Pedro

En segundo lugar, el P. Arrupe resultó también uno de los más importantes generales en la historia de los Jesuitas, en parte por la importancia del Concilio Vaticano II que modificó algunas de sus estructuras, pero -sobre todo- por la personalidad del P. General. Algunos hablaron despectivamente de él como del vasco que deshizo la Orden fundada por otro vasco. La verdad es que Arrupe no destruyó la Orden, pero dejó atrás muchas cosas de la Segunda Compañía restaurada en 1815. En efecto, algunas deficiencias del final de la Primera Compañía fueron retomadas por los sobrevivientes que dirigieron la restauración, y persistían al tiempo del Vaticano II. Al P. Arrupe le tocó retocar muchos restos institucionales deteriorados por el tiempo, A él le tocó adoptar las necesarias adaptaciones exigidas por el Vaticano II que le merecen ser llamado el segundo S. Ignacio. En realidad, él realizó renovaciones importantes en la familia espiritual del gran fundador. La Compañía que él dejó cuando su dimisión, es la misma Compañía ignaciana del siglo XVI, pero actualizada para el tercer milenio.

El influjo religioso no se limitó a los Jesuitas. Fue notable su intervención en la renovación de las Órdenes religiosas en general. En 1967 fue elegido presidente de la Unión de Superiores de toda la Iglesia, y permaneció en dicha condición hasta su dimisión. Por ambas aportaciones a la renovación religiosa de la Iglesia se puede afirmar que. pocas veces ha sido tan efectiva la realidad de la frase popular sobre el *papa blanco* y *papa negro*. Realmente la influencia fáctica de Arrupe en la Iglesia seguía muy de cerca a la del Papa romano.



El primer General dimitido

El generalato del P. Arrupe empezó con una decisión que nunca se había dado antes de él. Dividió el Capítulo en dos etapas con un año de intervalo. Esto le permitió dirigir la Congregación General en una forma no definitiva, dejando la responsabilidad de las decisiones firmes para cuando terminara el Concilio, y se estrenara el Posconcilio. Así pudo situarse en la coyuntura real de la Iglesia y de la propia Compañía

La actuación del P. Arrupe como General rompió los moldes de los generales anteriores. En lugar de regir la Compañía desde la distancia de Roma, empezó a hacerse presente en todo el mundo, y a tomar el pulso de las realidades desde el contacto personal, gracias a los números viajes que le conectaron con la Compañía real.

Revisó las Constituciones más a fondo que al tiempo de la promulgación del nuevo Derecho Canónico en 1917

Como promotor de la renovación conciliar su labor fue importante Si el Concilio fue obra de Juan y Pablo (S. Juan XXIII y S. Pablo VI) en la totalidad que incluye Concilio y primer Posconcilio, el binomio de Juan y Pablo se puede completar en el trinomio Juan-Pablo-Pedro

Estos aspectos positivos incluían también ciertas deficiencias. Su modo de gobierno despertó suspicacias en todas partes, comenzando por la Curia Roma, y siguiendo por España En esto, el período último del generalato de Arrupe tuvo mucha semejanza con el final de su provincialato en Japón. Las relaciones con S. Pablo VI fueron fundamentalmente buenas. El advenimiento de Juan Pablo I coincidió con el último período del cargo generalicio de Arrupe, y señaló el punto de inflexión de las relaciones de Arrupe con la Curia Romana. S. Juan Pablo II siguió la línea incoada por su predecesor. En este momento Arrupe pensó que su actuación al frente de la Compañía no era tan necesaria y, tomando como modelo la jubilación de los obispos a los 75 años, pensó que podía dimitir en un Capítulo General que poda aproximares a sus 75 años. Consultó el tema con los Superiores competentes de la Compañía, y decidió convocar el Capítulo de su dimisión en 1980

El «primero en la Dimisión».

La última etapa del generalato del P. Arrupe fue muy semejante al final de su provincialato del Japón, por la auditoria de su actuación provincial.

Las interpretaciones negativas de su acción generalicia le hicieron tomar conciencia del decaimiento de sus fuerzas, y pensó en una dimisión al estilo de los Obispos a los 75 años que podían coincidir con su edad en un Capítulo General de dimisión. Trató del asunto con los Superiores interesados, que aprobaron el plan. Al Papa no agradó la decisión, no aceptó la opción del P. Arrupe, y se opuso a la idea del Capítulo de la dimisión. Pero lo que los hombres no aceptaron lo realizó Dios por la impensada enfermedad del P. Arrupe. Se dieron en aquel incidente produjo las circunstancias propicias para su cese como



General de la Compañía'. El 7.08.1981 sobrevino al P. Arrupe un derrame cerebral que le produjo una hemiplejía y afasia que cambiaron todos los planes

El Papa nombró un delegado personal sobre la Compañía en el P. Dezza, ayudado por un Vicario que fue el P. Pittau. Ellos prepararon el Capítulo de 1983 que el 3 de septiembre aceptó la dimisión del P. Arrupe. En aquella hora empezó a cumplirse la voz del claustro de Oña: «Tú serás el primero». Duró su condición de *primer General dimitido* hasta el 05.02.1991 cuando el P. Arrupe murió en olor de santidad. La fecha coincidía con el día exacto de la muerte de los Mártires Japoneses, como coincidió su ordenación en un año 36 (1536-1936) con la de S. Ignacio.

La «Storta» del P. Arrupe

El final del P. Arrupe tiene una clara analogía con el episodio de la *Storta* en la vida de S. Ignacio. Después de su ordenación sacerdotal en 1536 vino al santo la inspiración de pedir al Señor le *pusiera con Jesús*. Anhelaba una gracia de identificación plena con el Señor. Esta gracia la recibió en su primera llegada a Roma en 1537. En una localidad próxima a Roma llamada la «Storta» recibió esa gracia. Vio a Jesús con la cruz a cuestas, y oyó que el Padre hablaba a Jesús sobre el mismo Ignacio que «le ponía con su Hijo». En estas palabras vio cumplida su petición de total identificación con Jesús en su Pasión. Al mismo tiempo oyó unas palabras dichas también por el Padre al grupo formado por Ignacio y sus dos compañeros Laínez y Fabro: «En Roma os seré propicio». Ignacio no entendió el sentido claro de aquellas palabras y las interpretó cual si el Padre aludiera a una crucifixión que les esperaba en Roma.

La «Storta» del P. Arrupe forma el conjunto de su dimisión, sobre todo su unión con Cristo paciente

El 7.08.1981 le sobrevino al P. Arrupe un derrame cerebral con hemiplejía y afasia, cuando llegaba a Roma de un largo viaje del lejano Oriente. Empezaba el Señor a ponerle con Jesús en su camino del Calvario. Le seguiría su crucifixión en Roma, que terminó con su vida física. Los casi diez años de su «primacía» de General dimitido los vivió con la intensidad de una entrega heroica que nunca había realizado en todas las fechas precedentes que podían haber sido la fecha de su cumplimiento de su condición verdadera de «primero». La prolongada duración de su agonía mística fue un martirio muy parecido al dolor que experimentó S. Ignacio al anuncio de la elección del cardenal Carafa como Paulo IV. Fue la primacía que llevó a cabo su total inmolación que consolidó cuanto en su vida había realizado para gloria de Dios. Esos años de doloroso martirio sirvieron para que las nubes de contradicción humana se disiparan. Ante el P. Arrupe enfermo, todos sus enemigos cesaron de combatirles persona apareció nimbada de una admiración unánime.

De su funeral escribió el político italiano Andreotti, que el pueblo romano reaccionó en un modo multitudinario como en la muerte de san Felipe Neri.



Hubo un simbolismo en la doble coincidencia de fechas entre Arrupe y S. Ignacio: el 91 del nacimiento de S. Ignacio (1591). la muerte de Arrupe (1991) y la ordenación sacerdotal (1536-1936).

El. P Arrupe y nosotros

Esta exposición mía no tiene la finalidad de una audición de curiosidad, ni de una interesante información cultural. Pretende provocar una mutación interior.

Seguramente ninguno de nosotros ha oído la llamada «Tú serás el primero». Pero muchos de nosotros han escuchado un eco parecido que nos decía: «Tú eres único». Es lo más parecido a la voz que el Siervo de Dios P. Arrupe escuchó en fondo de un claustro de Oña. Esa nuestra voz interior tiene para cada uno de nosotros la misma dinámica que aquella predicción. Para Arrupe significaba: «Sé siempre el primero». Para nosotros quiere decir: «Trabaja siempre para salvar tu unicidad».

Esta es nuestra fuerza, porque es el Dios único quien desde nuestro interior nos exige en todo momento ser - a nuestra medida- únicos, como él es el infinito único.

A M. Artola, C.P.